

DEMOCRACIA: UNA IDEA EN DISPUTA



POR FRIDA FLORES (*)

La democracia se invoca en todas partes, pero casi nunca se explica. Gobiernos autoritarios la usan como coartada, las élites económicas como legitimación y los medios como eslogan. También las multitudes la reclaman para exigir cambios reales. Para entenderla, es necesario volver a su raíz: demos (pueblo) y kratos (poder), es decir, poder del pueblo.

En Atenas, ese “pueblo” era solo una minoría: hombres libres y propietarios. Mujeres, esclavos y extranjeros quedaban fuera. Era una democracia restringida y controlada por una élite, pero introdujo una innovación política importante para su tiempo: el poder no recaía en un monarca o una casta

hereditaria, sino en una asamblea de ciudadanos que deliberaban y decidían de manera colectiva.

Con el tiempo, la democracia adoptó diversas formas. Desde los autogobiernos locales medievales hasta las ideas de soberanía popular y las revoluciones liberales de los siglos XVIII y XIX, su significado se transformó. Con el surgimiento del capitalismo, adquirió su forma dominante: la participación directa fue reemplazada por sistemas de representación. Ya no decidía el pueblo reunido, sino quienes gobernaban en su nombre. Este cambio consolidó un equilibrio entre soberanía popular y poder burgués: el Estado protegía la propiedad privada mientras otorgaba a las mayorías una participación

política limitada.

Hoy, la democracia parece neutra, pero sigue siendo un terreno de disputa de clase. En su nombre se celebran elecciones, pero también se imponen políticas que benefician a las élites y se reprimen movimientos sociales. La distancia entre votar y decidir se ha vuelto estructural. Por eso, en el siglo XXI la democracia ha conservado su forma, pero ha perdido su contenido, abriendo un vacío donde emerge la idea de un posible colapso.

LA DEMOCRACIA DENTRO DEL CAPITALISMO NO ES EL GOBIERNO DEL PUEBLO SINO UNA FORMA POLITICA QUE ENCUBRE Y ORGANIZA LA HEGEMONIA DE LA CLASE DOMINANTE

La democracia en el capitalismo: inclusión formal, exclusión real

La democracia moderna se consolidó junto al capitalismo. Pero esta alianza nunca fue neutral: mientras el capitalismo concentraba la riqueza, la democracia la legitimaba mediante la participación formal. El ciudadano vota, pero sin capacidad de alterar la estructura económica que lo subordina.

(*) *Estudios de Psicología en la Universidad San Martín de Porres, miembro del Grupo por el Socialismo.*



<https://humanidades.com/democracia-ateniense>



El capitalismo convirtió la democracia en un mecanismo de estabilidad: se reconocieron derechos sin redistribuir riqueza y se ampliaron libertades individuales mientras se restringía la participación colectiva. Surgió así una democracia inclusiva en apariencia, pero excluyente en lo esencial. Chomsky lo expresó con claridad: “la gente es libre siempre que no afecte los intereses corporativos”. El sistema canaliza el descontento hacia elecciones que no alteran las estructuras de poder.

El modelo neoliberal: democracia de mercado

Con el neoliberalismo, la democracia se redujo aún más:

no solo se desmonta el Estado social, sino la política se volvió una extensión del mercado. En América Latina, esta transformación fue abrupta. Tras las dictaduras, la democracia retornó subordinada al libre mercado: la libertad política debía ajustarse a la libertad económica. En nombre de la modernización se privatizaron bienes públicos, se precarizó el trabajo y se entregaron recursos naturales al capital extranjero.

En el Perú, la Constitución de 1993 consolidó este pacto: Estado mínimo para la mayoría y Estado máximo para los grandes intereses. Hubo crecimiento, pero sin

ciudadanía; estabilidad, basada en la desigualdad. La democracia quedó administrada por el mercado y las autoridades no dudaron en patear el tablero a su conveniencia.

Del desgobierno al colapso democrático

Durante años nos repetieron que el modelo funcionaba: la economía crecía —a veces por encima del 6 %— y la pobreza bajaba del 54 % en 2004 a cerca del 20 % en 2019. Pero ese “éxito” era frágil: se sostenía en la informalidad y en un Estado incapaz de garantizar derechos. La pandemia lo dejó en evidencia. La pobreza volvió a superar el

30 % y el país terminó con una de las peores mortalidades del mundo. El crecimiento no había construido instituciones ni bienestar: solo una estabilidad apoyada en la precariedad.

Cuando la economía se detuvo, quedó claro que la bonanza era más relato que realidad. No teníamos un sistema político representativo, sino un aparato capturado por intereses privados. La crisis sanitaria aceleró una crisis más profunda: el viejo orden perdió legitimidad y el país quedó sin un proyecto capaz de reemplazarlo.

La inestabilidad presidencial no fue casualidad: es el síntoma de un sistema que ya no da más. Pero el punto decisivo es este: fue el Congreso el que tomó al país como botín. Desde allí, Fuerza Popular y sus aliados —Renovación Popular, APP y Perú Libre— concentraron poder sin contrapesos, capturaron instituciones, presionaron organismos autónomos y bloquearon cualquier reforma que afectara sus intereses. Compiten entre ellos, sí; pero en lo esencial actúan igual: acumular poder y blindarse.

La corrupción dejó de ser una desviación para convertirse en la forma habitual de funcionamiento del Estado. Y el crimen organizado aprovechó la debilidad institucional para expandirse. Con todo esto, ya no hablamos de una crisis más, sino de un colapso democrático. Lo que antes era simple desorden ahora es un vacío estructural. El poder se sostiene en la manipulación y la fuerza; y cuando la política queda reducida a eso, la democracia capitalista se



convierte en una forma política autoritaria.

“Esta democracia ya no es democracia”... y nunca lo fue para las mayorías.

El problema no es salvar la democracia neoliberal, sino reconocer que funciona para las élites, no para el pueblo. Las élites ya no convencen y las mayorías aún no construyen una alternativa, en parte porque décadas de neoliberalismo debilitaron la organización social. Por eso, la tarea es reconstruir espacios donde trabajadores y comunidades puedan desarrollar una dirección política propia. Una democracia limitada al voto revela su límite: no decide el pueblo, sino quienes controlan el poder económico y mediático. Disputar la hegemonía es orientar la vida social desde las mayorías, y en ese horizonte el socialismo aparece como una alternativa democrática real.

Lo inmediato es mostrar cómo la democracia neoliberal opera como un mecanismo de control

y, a la vez, recuperar terreno en instituciones y medios donde el neoliberalismo se afianzó. Hoy se trata de acumular fuerzas desde frentes culturales, sociales y políticos. Las luchas por frenar retrocesos y recuperar derechos —aunque parciales— ayudan a organizar y fortalecer al poder popular en construcción.

Fuentes:

- Karl Marx & Friedrich Engels – El Manifiesto Comunista (1848)
- INEI (2021). Informe Técnico: Evolución de la Pobreza Monetaria 2010–2020.
- Banco Mundial (2015). Peru: Systematic Country Diagnostic.
- Gramsci, A. (1975). Quaderni del carcere.
- Harvey, D. (2005). A Brief History of Neoliberalism.
- The Economist (2021). Global Excess Deaths Estimate Dataset.
- Defensoría del Pueblo (2021). Reporte sobre desabastecimiento de oxígeno medicinal durante la pandemia.